

LA VELADA DE OTUMBA

Dramatis personae:

Hernán Cortés, Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Malinche, Catalina Pizarro, Catalina Juárez, Isabel Reina, Niño Indio

Escenario:

Estancia que da a dos patios cuyas entradas están a la izquierda y derecha, decorada a la manera azteca. Hay escudos y lanzas, dos cabezas de soldados españoles con sus cascos colgadas en las paredes y huesos humanos por el suelo. Al fondo hay un camastro grande. El patio de la izquierda está reservado a las mujeres y el de la derecha a los soldados y capitanes. Los hombres tienen múltiples heridas.

Cuadro Primero

(Entran Cortés y Malinche)

Cortés: Ayúdame niña que vengo muy quebrantado.

Malinche: Así, mi señor, descansa en este camastro.

Cortés: ¡Cuántos soldados y capitanes esforzados habrán matado esos perros! Aún se estarán comiendo sus corazones. ¿No escuchas su grito y silva alucinantes? (*llora*)

Malinche (*Acariciándolo*): Nos amenazan y apedrean, pero aquí podremos descansar y defendernos.

Cortés: Velásquez, Lope, Cifuentes, Rodrigo, ... ¡La luz de México ya para siempre extinguida!

Malinche: A muchos los ha perdido su ambición por el oro en los puentes. No podían combatir y transportarlo a la vez.

Cortés: Noche Triste de arrastraculos entre ladridos, vara, piedras, flechas, silva y humedades. Y el ulular del viento. Y los latigazos de la lluvia fría. Y luego la huida a campo traviesa siempre descubriendo cadáveres de hermanos nuestros con el corazón arrancado ¿Dónde están mi espada y mi sombrero?

Malinche: Han muerto también muchas mujeres, indias y cristianas.

Cortés: ¿Quién tiene mi espada, amiga?

Malinche: Tus principales capitanes aún alientan y castigan a los escuadrones que nos rodean. Aquí está tu espada.

Cortés: ¿Y mi casco de batalla? ¿Y mi sombrero de autoridad de plumas?

Malinche: Cualquier casco de soldado te hará el avío. Hasta aquí nos llegaste con las plumas perdidas. Cálmate y descansa un poco. Yo te sazónaré las heridas con mis ungüentos, mientras descansas y duermes

Cortés: ¿Conseguimos salvar los cañones y aperos de artillería?

Malinche: Ni uno quedó en poder nuestro. Los soldados están ahora tratando de secar la poca pólvora que nos quedó para los mosquetes y preparando las espadas y ballestas.

Cortés: Que venga el de Alvarado.

(Sale Malinche por la puerta de la derecha y, al poco, vuelve con Pedro de Alvarado)

Alvarado: ¿Querías verme general?

Cortés: Claro. Dime si aún está entre los vivos Diego Hernández, nuestro valeroso fénix ingeniero. Sin él, habríamos perdido la esperanza en esta empresa.

Alvarado: Vivo, sin un rasguño, bebiendo y bromeando, mientras trabajaba en un ingenio de madera para sorprender indios atrevidos lo dejé ahora. Es una mezcla de Ajax y de Ulises cuyas aventuras habrá de cantar algún día Bernal Díaz del Castillo.

Cortés: ¡Eureka! Nada que no sea el justo dolor por nuestros amigos muertos hemos de lamentar. Ni numerosas guarniciones ni oro hacen de héroes leyenda.

Alvarado: Pero el oro perdido hubiera cambiado la vida de los nuestros en la extremada y mísera tierra de la patria.

Cortés: Tengo diez heridas que me sangran y muy desmejorada el alma, pero ¿qué fue de tu salto en la puente la otra noche?

Alvarado: Mientras volaba en la pértiga me dieron veinte flechazos y cien pedradas. Temo Hernando que me han desfigurado el rostro y voy cojo e incógnito entre los soldados y caballeros.

Cortés: Aquellos vientos pacenses trajeron estas tempestades mexicas. ¿Por qué llenaste la plaza de cadáveres e ídolos descabezados, tú que eras Tonatio, el más hermoso y adorado? ¿Qué crueldad intrínseca y absurda te llevó al genocidio, hermano?

Alvarado: Yo soy valiente y esforzado, no cruel y sanguinario. Estos perros preparaban traiciones y planeaban nuestra muerte y perdición, instigados por sus horribles dioses antropófagos. ¿No recuerdas cómo nos advirtió el gran Montezuma? Tuve, general, que adelantarme a sus designios.

Cortés: ¿Masacrando mujeres y niños en la plaza? Nunca antes fuimos otra cosa que varones muy esforzados, casi dioses. A las mujeres y niños, sonrisas y, a poder, caricias.

Alvarado: Antes que estos perros con sus monillos espantajos está la vida de mis hombres. Siempre lo estará. Aunque tenga que dejar sin descendencia la tradición de la Nueva España. Son mentirosos y traidores Hernán. Se escudan en sus niños y mujeres para llevar a cabo sus traiciones y actos contra natura. No tuve otro remedio que escarmentar sus dobleces.

Cortés: Las heridas de tu rostro son superficiales. No dejarán cicatriz alguna. Volverás a ser Tonatio como el sol, pero no se olvidará tu negro perfil demoníaco de la plaza. Y todos nos llevaremos nuestra cuota de culpa, de leyenda tenebrosa. Especialmente yo, al que legarán todas vuestras crueldades, siendo así que soy un hombre eminentemente culto, político y bondadoso.

Alvarado: No escurras el bulto de la culpa que hay ahorcados que llevan el sello de tu cólera.

Malinche: Señor Pedro de Alvarado ninguno del real a tanto llegó como vos en crueldades, y menos vuestro general Cortés, pues sus hazañas van parejas con su amor, valor e inteligencia, no con la ciega venganza y desatino, como esta desgraciada noche atestigua.

Alvarado: Repito que nuestro desbarate de la otra noche y nuestra triste condición de ahora nada tienen que ver con lo que ocurrió en la plaza. ¿Es que ya no recordáis lo que nos dijo Montezuma?

(Entra Gonzalo de Sandoval)

Sandoval: ¡Señor general, acaba de expirar Ortiz, el gran soldado! Murió legando su oro a sus hermanos de Santiago. Ahora señor somos más vulnerables.

Cortés: ¡Cálmate mi buen Gonzalo! Tu valor y gallardía cubrirá la huella que él ha dejado. Ven aquí y abrázame, amigo.

(Cortés abraza a Sandoval y Alvarado)

No discutamos amigos míos, que la jornada que se avecina nos ha de encontrar más unidos y camaradas que nunca.

Sandoval: Hay muchas decenas de millares de guerreros mexicas ahí afuera esperándonos. Nuestros corredores de campo han descubierto un avispero en un claro de la selva de donde van saliendo a cientos, a millares.

Cortés: Somos muy pocos y estamos heridos, hambrientos y cansados. Repongamos fuerzas las próximas tres horas, curemos las heridas y rescatemos los buenos ánimos. El amanecer será a vida o muerte.

Malinche: Id a descansar hermanos.

Alvarado: Hasta luego pues señor de la estirpe Ulises

Sandoval: Adiós padre mío, general maestro de Alejandro.

Cortés: Descansad bien y curad vuestras heridas que os quiero jóvenes y fuertes al despuntar el alba.

(Salen Alvarado y Sandoval)

Malinche: Ahora es la hora del descanso también para mi señor. Venid a mi regazo Hernán que ya no sangran vuestras heridas.

Cortés: Sea así.

(Cortés se duerme en brazos de Malinche. Afuera han cesado la grita y silva que son reemplazadas por una música extraña. Entra Catalina Pizarro)

Catalina P.: Deja india. No toques a mi hijo. ¿No ves que la delicadeza y claridad de su persona demandan otro tacto más suave, otra mirada más clara?

Malinche: Ninguna mujer de piel y cabellos solares ha podido querer a su hijo como esta india oscura. Ninguna mujer de ojos acuosos ha forjado como yo sus sueños y aventuras.

Catalina P.: Nuestra tierra es como trigo maduro y su río lleva el color de los ojos de mi hijo. Aunque se haya dado al mundo, él pertenece a un lugar pequeño de mujeres rubias que no se reflejan en el agua.

Malinche: Yo llevo un hijo suyo en mi vientre. Mi señora Catalina, yo seré la madre de su nieto. Quiérame usted como si fuera hija que como tal yo siempre la respetaré y la serviré.

Catalina P.: No me lo permite la calidad y nobleza de mi sangre.

Malinche: La mía también es noble.

Catalina P.: Pero no eres sino la esclava de estos hombres.

Malinche: Yo soy princesa.

Catalina P.: Pues váyase la princesa oscura y deje que mis manos suavicen sus heridas. Que en mi regazo, él tendrá un sueño más tranquilo. Y no olvides Doña Marina que Hernando ya tiene esposa legítima.

Malinche: A la que jamás amó ni amar pudiera.

Catalina P.: Vete ya y no me repliques más si tanto me respetas.

(Sale Malinche. Cortés se despierta)

Cortés: ¿Dónde está la Malinche, madre?

Catalina P.: Fue a por refrigerio y a dormir un poco.

Cortés: ¿A qué has venido tú aquí, a lugar tan peligroso y ajeno de tu tierra?

Catalina P.: A estar con mi hijo, el general más grande de la historia. Déjame estar contigo. No me apartes de la cuota de gloria que por derecho me corresponde. Tu ansiedad y desatino te llevaron muy pronto de mi casa.

Cortés: ¿Cómo está padre?

Catalina P.: Ya viejo y algo achacoso. Pese a las noticias que de tus aventuras llegan, Martín aún no te ha perdonado.

Cortés: Ya casi habéis huido los dos de mi memoria. Los dos sois como relámpagos irreales en mi mente. Mi vida, madre, comenzó en un barco y ya casi ni recuerdo cuáles habrían de ser los perdones de mi padre.

Catalina P.: Dejaste, ¡ay perdido botarate!, los estudios de Salamanca antes de acabar con ellos; fuiste de un lugar a otro sin preocuparte de la hacienda de tu casa, huiste con una pierna quebrada del enojo de un marido, vecino nuestro, por ti burlado. ¿Todavía quieres que te siga refrescando la memoria?

Cortés: Han ocurrido tantas cosas desde entonces. Si... Tierras de Medellín de mi infancia en el castillo, de mi niñez en el río, de mi pubertad por habitaciones ajenas. Nuestro lugar retumba hoy muy hermoso en mi recuerdo, filtrado a la tenue claridad de la memoria por la fiebre y los peligros de mi intensa vida en esta América que es tan mi tierra ya como lo son las riberas del Guadiana.

Catalina P.: ¿Qué ves en ella?

Cortés: La hermosa luz del futuro, hombres nuevos, el mestizaje. Y más lejos aún en el futuro, una nueva claridad para el mundo. Este es mi sueño: una América de la que tú y la Malinche sois madre. Tierra grande de oro y de lagunas, de selvas e inmensos océanos. Y los nombres de mi padre y de mi pueblo dando nombre a grandes mares y ciudades. Este es mi sueño, madre.

Catalina P.: Ven aquí, niño, que yo te duerma de nuevo entre mis brazos. Cierra los ojos y no pienses en el mañana inevitable. Cuando anochezca el día que ya vislumbran los soldados, todas las mujeres del mundo querrían ser como yo, tu madre.

Cortés: Muchas noches sueño con el molino del Guadiana. Es como si el río se hiciera recurrente. Se va y reaparece en la niebla por los ojos del viejo puente. Me despiertan sudando los ladridos de mi querido Zalamero. Mi alegre compañero ya habrá muerto.

Catalina P.: Te equivocas Hernando. Zalamero todavía vive. Muy viejo es ya pero aún alienta y es alegre.

(Cortés llora sobre el regazo de su madre)

Cortés: ¡Viejo bribón terror de los cangrejos, compañero mío, el único sin fama!

Catalina P.: Descansa niño en la cuna de tu madre extremeña, en el recuerdo de los días amarillos.

Cortés: ¡Cómo daba el sol en el patio de la casa!

Catalina P.: Cuando eras pequenino, te asustaban los repiques amorosos de las cigüeñas.

Cortés: Y, ya de muchacho, las miradas oblicuas de las damas.

(Ríen en complicidad ambos)

Catalina P.: ¡Menudo tunante eras!

Cortés: Las mujeres extremeñas son todas generalas. Mandan en casa y gimen en las ajenas.

Catalina P.: Escucha hijo. Te leeré una carta de Martín, tu padre.

Cortés: ¿Una carta para mí?

Catalina P.: Expresamente escrita antes de que yo partiera atraída por el vendaval de tu recuerdo. Aquí la tengo.

Cortés *(Arrebatándole el papel)*: Déjame a mí...*(Lee)* “Al señor gobernador de la Nueva España, mi hijo y heredero Don Hernando Cortés.

Querido hijo mío:

Esta carta tendrá como mensajera a Doña Catalina Pizarro, mi esposa y madre tuya. Está escrita a sabiendas del cumplimiento de tu hazaña de conquista del imperio de la Nueva España y ocupación heroica, reconstrucción y gobierno de la famosa ciudad de Tenochtitlan, cabeza del imperio, después de los muchos trabajos, guerras y penalidades sufridas por vuestras personas y haciendas. Hijo mío: Estamos muy orgullosos de ser los padres de un tan señalado paladín, político y militar, a cuya altura la historia de los humanos sólo puede alzar los nombres de Alejandro, Julio César y, tal vez, el Gran Khan de los mongoles. ¿Qué padres no lo estarían? Sin embargo, esta misiva que también suscriben los padres de tu capitán Gonzalo de Sandoval y de los demás de este lugar que contigo han guerreado, más que para loar vuestras hazañas, tiene objetivo de exigencia para resolver un desafuero que de suyo vosotros habéis contribuido a crear y que hace nuestro mundo aún más injusto y cruel. Sabes Hernando que por nuestras venas corre sangre noble y desafecta al crimen o la injusticia y así te pido que, en tanto eres gobernador de las tierras conquistadas promuevas y presidas de seguida una tertulia de gobernadores y visoreyes en América cuyas conclusiones más caritativas tengan carácter vinculante en el mundo nuevo que habéis conformado. Dicha tertulia tratará de los derechos que vuestros indios han de tener igualitarios con Castilla, de las leyes jurídicas que hagan a un indio igual en todo a un castellano. Hazlo así, hijo mío, y este padre perdonará tus actos desafectos hacia su persona y hacienda que perpetrasteis en el pasado, siendo así que entonces erais todavía muy joven y yo se bien que gozáis de la naturaleza más bondadosa y noble que esta pequeña villa de Medellín regala a sus hijos. En Medellín, a veinte y dos de Julio de mil y quinientos y veintitrés.

Tu orgulloso padre

Martín Cortés. “

(Cortés se pasea desesperado por la estancia. De nuevo la grita y silva afuera)

Cortés: ¿Está la mente de mi progenitor enajenada? ¿Qué conquista de Tenochtitlan es ésta y de qué gobierno habla cuando estamos a punto de perecer todos? Más ¿y la fecha remitida de la carta? Locura es sin duda, madre.

Catalina P.: Las sustancias de los sueños no guardan obediencia a la cronología. Pasados los años, verás la carta de tu padre cumplida y te tendrás que enfrentar con su demanda.

Cortés: En cualquier caso, prometo que, si vivo y los designios de mi padre son verdaderos, habré de promover la tertulia que me pide. En verdad que lo que exige está entrado en razón y yo así lo siento.

Catalina P.: Adiós hijo mío. No derrames ni una sola gota de sangre superfluamente.

(La estancia queda a oscuras. Cuando vuelve la luz de las antorchas, Catalina Pizarro ya no está. Entran Malinche y Sandoval)

Sandoval: ¿Qué gritos y desasosiegos son éstos general? ¿De qué carta y madre habláis?

Malinche: Sin duda habéis sufrido una pesadilla, señor.

Cortés: ¿Dónde está mi madre?

Sandoval: Sin duda, a estas horas, junto con la mía en el mercado de Medellín. Suelen levantarse las dos muy de mañana.

Cortés: Ella estaba aquí ahora mismo conmigo. Buscad la carta de mi padre que ella me entregó. Debe haberse traspapelado entre esos restos de soldados.

Malinche: Los naturales de estas tierras no conocen el papel ni en esta estancia hay ninguno. Volved al camastro, señor mío, que todo no ha sido más que una desagradable pesadilla.

Cortés: Ella estaba aquí y no ha sido desagradable. ¿No veis esos papeles quemados dentro de esa calavera?

Malinche: Son hojas de árbol ardidadas en una hoguera, probablemente encendida para cocinar la carne de los soldados sacrificados.

Sandoval: Volved señor al descanso que ya se reanuda la grita de esos perros.

(Cortés vuelve al camastro. Malinche y Sandoval salen. Se apagan las antorchas. Telón)

Cuadro Segundo

(Cortés se despierta sobresaltado. Los huesos y calaveras están ardiendo entre grandes llamaradas. Entra en escena Catalina Juárez llevando un quinqué y una daga en la mano.)

Catalina J.: Esposo mío. Deja que cate tus heridas y te conforte.

Cortés: ¿Cómo has llegado hasta aquí, rodeados como estamos por miles de enemigos exaltados?

Catalina J.: Una mujer enamorada lo puede todo. Vuelve a descansar al lecho que yo velaré tu sueño.

Cortés: ¿No ves cómo arden esas calaveras y huesos? Preciso será apagar este incendio...

(Cortés apaga el fuego pisoteando los huesos y tapando las llamas con una manta.)

¿Te ha enviado mi madre?

Catalina J.: Nadie me ha dicho nada. He venido a ti pues soy tu legítima esposa, atraída por el amor y la inmensidad de la gesta que se avecina.

Cortés: Pues vete por donde has venido. Nada puede aprovechar tu presencia aquí.

Catalina J.: ¿No ves que voy armada?

Cortés: De poco ha de valer tu daga y femenina condición frente a las flechas, lanzas, varas, piedras y espadas de obsidiana de a dos manos de los aztecas. Antes bien, tu presencia supondría una dificultad para nosotros al tener que distraer soldados para protegerte.

Catalina J.: Ellos no podrán matarme. Ni tu tampoco esposo infiel.

Cortés: ¿Qué dices mujer enloquecida?

Catalina J.: Lo mismo que dirán en tu leyenda oscura. Que habrás de ser artífice de mi muerte prematura. He venido, bello Hernán, a quitarte la vida para proteger mi hacienda y mi futuro.

(Catalina Juárez trata de apuñalar a Cortés.)

Cortés: Estas loca. Tendrías que saber que estoy apercebido de traiciones y atentados. Ya ves cuán fácilmente te reduzco.

Catalina J.: Esposo infiel y traidor.

(Entra Malinche. Se apaga la algarabía de los indios.)

Malinche: ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es esta mujer? Parece loca.

Catalina J.: Tú eres sin duda la nueva concubina de mi esposo. ¡Muere pues maldita india! *(Clava el puñal en el vientre de Malinche)*

Cortés: ¡Ay doña Marina!

Malinche: Conmigo muere de Cortés la descendencia y con ella el futuro de América
(*Cae al suelo donde muere*)

Catalina J.: Nuestra cristiana religión no admite más que una esposa. Yo soy tu mujer, única y verdadera. Quiéreme pues Hernando y olvida las mezclas contra natura.

Cortes (*Abrazando a Malinche, de rodillas*): ¡Que sabes tú de amor, de razas y de entrega, mujer maldita! Ella era de tal sangre que la tuya no podría jamás igualársele! Ella era mi verdadera compañera en cuerpo, alma e inteligencia. ¿Cómo podría yo ahora amarte y siquiera no odiarte?

Catalina J.: En Cuba eras mucho más amable y zalamero conmigo. Claro que entonces andabas tras la dote y el apoyo del gobernador.

Cortés: ¡Maldita hembra remilgada! ¡Has acabado con la flor de mis amores!

Catalina J.: Bien es verdad que, al mismo tiempo, andabas tras mi hermana como un perro...

Cortés: ¡Calla esperpento! (*Grita*) ¡Calla para siempre!

(*Cortés certeramente secciona el cuello de Catalina Juárez con su propia daga. Esta cae muerta sin proferir un solo grito.*)

Cortés (*Desesperado*): Yo mismo he acabado con mis propios hijos y mujeres.

(*La escena se oscurece. Al volver la luz, ya sólo está Cortés desesperado. Entran Malinche y Alvarado. Se reanuda la grito de los indios*)

Malinche: ¿Otro mal sueño, mi señor?

Alvarado: Pues a bonicas vamos a este paso. Yo no he pegado ojo hasta agora y si los vuestros se entretienen en pesadillas y malos presagios, aviamos vamos para el día de mañana. Menos mal que los otros capitanes duermen y roncan como lirones.

Cortés: Tal ha debido de ser pero tan real fue lo soñado que ahora me atemoriza veros viva, Malinche.

Malinche: Muerta pues me habéis tenido en el sueño.

Cortés: A vos y a nuestro hijo. Mirad; aún tengo los vellos erizados.

Malinche: ¿Es que me amáis tanto?

Cortés: Que de ninguna manera quiero que mañana os acerquéis a la batalla.

Alvarado: Baste ya señores con lo hablado. Entretenerse más en ello niñería fuera. Tratemos de descansar lo que queda de la noche, al menos con un ojo.

Malinche: Razón tiene el capitán Tonatio. Déjame que te recueste y tranquilice. Sal Alvarado y ve a dormir. Yo apagaré las luminarias de esta sala. Ven conmigo mi señor.

(Sale Alvarado. Malinche se arrodilla junto al catre y acaricia la frente de Cortés.)

Malinche (*Canta*):

A la nana de guerra de aquél soldado
Que no quiso dormirse sin su caballo.

Caballito que huyera junto a las yeguas
A la nana, nanita que están en guerra.

Duérmete soldado bueno que el general
Cuando la batalla empiece te encontrará.

Nana fuerte de Cortés
Eran miles ya son cien.

Nana verde de Alvarado
Que vienen desbaratados.

Nanita de Sandoval
Que fue a morir en la mar.

A la nana de guerra de aquél soldado
Que no quiso dormirse sin su caballo.

Parece que se ha dormido. Iré yo también a descansar. Esta velada está resultando bien extraña. Estos hombres que son tan esforzados, casi como dioses, se llenan de debilidades cuando llega la noche, como si fueran niños.

(Cesa la grita en el exterior. Cortés que parecía dormido de pronto se incorpora y coge a Malinche por el brazo cuando ésta hacía ademán de marcharse.)

Cortés: No te vayas aún princesa.

Malinche: ¿Qué es lo que deseas Hernando?

Cortés: A ti deseo y a una América autóctona donde crezcan los niños alegres y fuertes. Donde nazca nuestro hijo rodeado de esperanza.

(Cortés comienza a desvestir a Malinche y ella, a su vez, empieza a quitar la ropa a Cortés. Ambos de pie.)

Cortés: Tu piel es muy suave, niña. Y tu vientre adquiere ya la suave curva de las magnolias fecundadas. En ti quiero a mi tierra y en ti quiero a la tuya, Malinche. Tú eres el milagro.

Malinche: Qué suave es tu barba clara y apenas rizada y qué blanca tu piel desmesurada. ¡Ay mi señor si hasta parece mentira que seas tan esforzado!

(Ya desnudos, se sientan en el borde del camastro cogidos de las manos. Dignamente mirando al infinito.)

Cortés: Esperemos, amor, al futuro. Que el futuro vendrá antes del alba.

Malinche: Antes del alba vendrá el futuro.

(Entra un niño mestizo de unos diez años. Desnudo. Se tumba a los pies de Cortés y Malinche.)

Cortés: ¿Quién eres tú que vienes a nosotros en una noche como ésta?

Niño: A vosotros me acojo como si fuerais padres.

Malinche: ¿Pero quién eres?

Niño: Yo soy la estirpe vuestra y creceré orgulloso en el futuro. Padre, has de vencer mañana en la batalla. Si fueras derrotado, yo moriría. América sería de los herejes y ya no tendríamos esperanza. ¡Vence mañana padre mío, por mi y por América!

Cortés y Malinche: ¡Por Fidel, Sandino, Chaves, Bolívar y por la América mestiza!

(Quedan los dos inmóviles mientras el Niño se duerme a sus pies.)

(Telón)

Cuadro Tercero

(Cortés, Alvarado y Sandoval se aperciben para la batalla. Comprueban sus armas. Malinche los asiste. La grito y silva afuera es imponente.)

Alvarado: Nunca nos la vimos tan negra, señores. Los corredores de campo han contado más de ochenta mil indios. Vencer es imposible. Nosotros somos cuatrocientos, no tenemos artillería ni casi caballos y estamos todos heridos.

Sandoval: Sólo una quincena de caballos y algunos malheridos.

Cortés: Pues aún así, habremos de vencer.

Sandoval: ¿Pero cómo, padre mío? La llanura de Otumba está llena de penachos y colores. Nuestra muerte es para ellos una fiesta que quieren celebrar a lo grande.

Cortés: Pues aún así, habremos de vencer.

Alvarado: Están todos los caciques con sus mejores armas.

Malinche: Y lo peor es que ya saben que no sois dioses ni teules. Todos ellos han probado el sabor de vuestra carne y la de los caballos. Ya nada temen de vosotros que no sea vuestro valor y grandeza, pero han visto vuestra debilidad.

Alvarado: Al fin y al cabo, ya sólo les falta completar la faena de la noche triste. Entonces acabaron con los dos tercios de nosotros.

Cortés: Pues aún así, habremos de vencer.

Malinche: Señor general.

Cortés: Decidlo a los soldados, capitanes. Decidles que seremos como soles que quemarán las plumas y las carnes de esos perros. Nunca tantos se han de inclinar ante tan pocos.

(Entra Isabel Reina. Cesa la grito y silva.)

Isabel: Señor Cortés, señores Alvarado y Sandoval, doña Marina.

Cortés, Alvarado, Sandoval y Malinche: Majestad católica.

Isabel: Vais a entrar señores en desigual batalla. Muy pocos, heridos y mal armados contra muchos, con sus armas mejores y hartazgos de la carne de vuestros compañeros caídos. Aún así, iréis a hacer entrar en las cabezas de los indios la semilla de nuestra católica religión de Roma.

Cortés: Antes, señora, lucharemos por nuestro honor y nuestras vidas.

Sandoval: Que nuestra estirpe majestad está conformada de la carne que se quieren comer esos traidores. Dejad al Papa de Roma medrando en Roma que ahí fuera hay muchos a los que llaman también papas, adoradores de su ídolo Huichilobos.

Alvarado: Y el Huichilobos ha sido el más fuerte hasta agora. Así pues tengámonos primero con ellos, en el nombre de Dios y de nuestro Santiago apóstol, quien así quisiere, que después, si hay lugar a ello, ya hablaremos de papas y católicas.

Isabel: Callad vos, hombre cruel, pues toda carnicería y desbarate de los puentes y calzadas que de aquí en cinco días sufristéis por vuestro gusto al genocidio en la plaza de Tenochtitlán fue promovida.

Alvarado: ¡Beata santurrona y azote de judíos y moriscos! ¿Estuvisteis acaso en los palacios cuando Montezuma nos dijo que los papas del Huichilobos tenían determinado exterminarnos a todos?

Isabel: Callad ya apuesto capitán y disponeos a hacer carnicería en sus cuerpos en el nombre de nuestra Santa Madre Iglesia. Es una orden de la majestad de España. Orden mía y de Fernando.

Cortés: Tal cosa yo no quisiera en verdad. Si los llamáramos de paz y ellos vinieran, muy contentos quedaríamos de convertir a tamaña cantidad de ánimas en súbditos de su majestad el Emperador Carlos de España, pero no del Papa de Roma. Y esto no por no luchar con ellos pie con pie muy como varones, cosa que hemos hecho ya muchas veces, sino por el amor y respeto que sus personas nos merecen. No por sus ídolos ni por los vuestros.

Isabel: ¿Llamáis ídolo a Nuestro Señor?

Cortés: Nunca tal cosa dije ni permitiría decir a mis soldados y capitanes.

Isabel: ¿Al Santo Padre?

Sandoval: El Vaticano, señora, es un estado. No más que eso. Y la Iglesia Católica una asociación de intereses entre los que no se cuentan las vidas y almas de nuestros indios, las gentes de ahí afuera. El Papa es a lo más un icono tirano.

Isabel: Ya veo soldados que lucháis en nombre de Castilla que estas extrañas tierras han perturbado vuestras mentes y convertido vuestras almas en herejías.

Cortés: Lucharemos, señora, por nuestro Emperador Carlos y por el porvenir de América. Y por nuestras vidas por sobre todo.

Sandoval: Y por el recuerdo de nuestro gran amigo y soberbia majestad Montezuma. Un alma con tanta autoridad, tan caritativa, serena y buena que nada vemos en vos que se le asemeje.

Isabel: ¿Os rebeláis pues contra vuestros reyes y gobernadores?

Malinche: Comprended a estos hombres. Han puesto tantas veces su vida en juego en servicio de su patria y han conocido tantos rechazos y traiciones de los hombres de la Iglesia que su honor no les permite la doblez ni la mentira. Ellos señora son fieles a su Emperador hasta el mayor extremo. Y lo que, incluso con las zancadillas de sus visoreyes y gobernadores, han conquistado con su esfuerzo y su sangre siempre lo toman en el nombre de España y de su Emperador. No les pidáis majestad demasiado.

Isabel: La corona de Castilla es consustancial con la Santa Madre Iglesia de Roma. Quien de la Iglesia se separa se convierte en enemigo de nuestra corona.

Cortés: Muchos entre nosotros somos, señora reina, extremeños. Nada podéis ordenarnos que vaya contra nuestra naturaleza y nuestra conciencia. En todo lo demás somos leales servidores de nuestro Emperador Carlos.

Isabel: ¡Anatema, rebelión a Castilla y herejía es ésto!

Alvarado: Huele mal aquí alteza.

Isabel: ¿Qué insinuáis villano?

Sandoval: Esto no es el campamento de la Santa Fe en el Asedio de Granada. Son muchos miles de millas los que nos separan. Y a tantas millas tanta más libertad de conciencia.

Isabel: Informaré al príncipe Juan de esta rebeldía.

Cortés: Hace muchos años que está muerto.

Alvarado: Y vos también lo estáis. Lo que de vos hay aquí es por voluntad de nuestra imaginación.

Sandoval: Sois sólo un recurso de nuestras conciencias en esta hora decisiva para preparar nuestras almas ante la probable muerte de mañana.

Isabel: Me llevaré entonces esta gran ofensa a la tumba (*Sale*).

Cortés: Ya están nuestros espíritus preparados para la batalla. Salgamos fuera y aleccionemos también a nuestros soldados para romper en los escuadrones mejicanos.

Alvarado: Vamos señores que ya amanece.

Todos: ¡Por nuestras vidas y el porvenir de América! (*Salen.*)

(*Telón*)

Cuadro Cuarto

(*Cortés, rodeado por Alvarado y Sandoval y la Malinche, se dirige a los soldados. La grita y silva casi no deja oír las palabras de Cortés.*)

Cortés: Portocarrero, Martín Pérez, Cristóbal de Olid, Gutiérrez, Olguín, Bernal Díaz del Castillo ... y demás capitanes y soldados cuyos nombres todos yo conozco y no digo por no ser prolijo y por que tengo que conducir una batalla. Gente que pasó conmigo en nuestra primera entrada y gente de Narváez, queridos guerreros de Tascalá, nuestros aliados y amigos.

Hoy habrá de ser una jornada en la que luchemos como nunca. Frente a nosotros están todos los poderes de Méjico y sus aliados, diz que cerca de cien mil guerreros y los principales caciques y papas con todos sus penachos de colores y capitanías y armas. Nosotros no llegamos a los cuatrocientos castellanos y contando con nuestros amigos de Tascalá ni a dos mil y estamos todos heridos y quebrantados y sin artillería y con pocos caballos ni mosquetes. Diz que es imposible que salgamos victoriosos de esta jornada.

Diz que los mexicas pronto se comerán nuestros corazones. Diz que aquí se acabará nuestra conquista. Diz que deberíamos estar todos muertos ya de la salida de Tenochtitlán por los puentes y calzadas. Diz que ni siquiera los indios se darán con nuestros cuerpos grande hartazgos, así somos de pocos y esqueléticos y hambrientos.

Pero yo os digo que nunca hubo en la historia un ejército con más esforzados y cariñosos capitanes ni mejores y más valientes soldados. Digo que nunca hubo mayor concierto ni mejores corredores ni espías ni caballeros ni soldados. Digo que nunca hubo, señores míos, un objetivo más generoso y mayor que el nuestro. Digo que estas partes y composiciones y conciertos hacen del nuestro un ejército de más de un millón de corazones y de espadas y de lanzas y caballeros y mosquetes y cañones. El mejor que nunca hubo. Digo que soy Alejandro que manda a cientos de Héctores y Aquiles y de Ayaxs. Digo que soy Ulises al mando de falanges de Aristóteles y Platones y Aberroes. Ni el macedonio tuvo mejores capitanes ni el romano Julio mejores soldados digo que yo aquí tengo ahora. Y digo que ni sus falanges ni legiones tuvieron mejor general ni divisa ni objetivo más grande y generoso que los que vosotros tenéis. Por eso señores digo que tendremos victoria esta mañana.

Acometed a sus caciques y capitanes. No dejad ni uno de sus estandartes en pie de guerra. Que sus hombres no los vean ondear al viento. Y os juro que tendremos victoria esta misma mañana. Por que vamos a luchar por nuestras vidas, por nuestro Emperador y por América, por que vamos a escribir la historia, en el orden y concierto que siempre os digo, seguidme ahora a romper sus escuadrones en pos de la victoria y la leyenda.

(Salen todos. La grita y silva es atronadora.)

Telón

Cuadro Quinto

(Malinche está sentada en el catre. Se oyen gritos de batalla y estampidos de almas.)

Malinche: Es a vida o a muerte ahora. No ha de tardar el momento en el que entre por esa puerta un guerrero azteca o un soldado extremeño. Muerte o vida será entonces. Y si es vida, ¿qué vida? Y si es muerte, yo decidiré mi suerte.

Hace ya cuatro horas que salieron. ¿Cuántos volverán si es que alguno vuelve? Y si no vuelven aquí tengo el veneno preparado. No ultrajarán mi cuerpo. Y si vida fuere, ¿qué vida? Y si muerte, yo decidiré mi muerte.

Ya no se oyen llamadas o invocaciones a Santiago ni la grita o silva aterradoras. ¿Estarán ya todos mis compañeros muertos o es que tienen mucha faena de matanza o de defensa, o es que los aztecas huyen y los gritos de victoria están demasiado lejanos y no los oigo?

Pero estoy tranquila. Nada hay que de mí dependa y se bien que hacer si vencieran los aztecas. Han muerto ya muchos en las últimas estaciones, desde que llegaron los teules. Pero antes también murieron y morirán también mañana. Siempre la muerte ha sido y será aquí la dominadora. Nada hay en mí realmente de especial. ¿Por qué mi muerte

habría de cambiar las cosas? Estoy tranquila. Nada puede ocurrir que me perturbe realmente. ¿Vida o muerte?

(Malinche sale y vuelve con una palangana con agua. Se lava primero los brazos y luego los pies mientras canta canciones ancestrales de su tierra. Entra el niño mestizo arropado con una manta mulera, tambaleándose.)

Malinche (*Acariciándolo*): ¿Qué te ocurre niño, por qué no dices nada? ¿Qué pupas son esas que tienes en la cara?

(El Niño muere en sus brazos.)

Malinche: ¡La viruela! ¡El futuro de América ha muerto de viruelas!

(Entran Cortés, Alvarado y Sandoval. Vienen cubiertos de heridas y de sangre. Cortés lleva una gran bandera de muchos colores con penachos de plumas.)

Alvarado: ¡Victoria!

Sandoval: ¡Gran victoria!

Cortés: Sólo tres de nuestros soldados están heridos. Ha sido una increíble victoria. Ahora somos más fuertes y nuestros indios amigos persiguen a los aztecas en derrota. En verdad que somos como dioses.

Malinche: ¿Han muerto muchos aztecas?

Alvarado: Miles seguramente. Han luchado muy como varones pero perdieron a sus capitanes y papas y ya no pudieron seguir a sus estandartes y banderas. Perecieron ante los gigantes.

Cortés: Ahora la historia se dirige zumbando por vericuetos de gloria hacia un futuro ilógico de luz extraña.

Malinche: Hoy ha muerto el futuro de América. Vuestra gran victoria lo ha matado.

Cortés: No. Nosotros protegeremos a los indios con nuestras personas valerosas y con leyes de igualdad y estima. Obedeceré la demanda de Martín, mi padre. Pronto todas estas tierras serán una España nueva más grande y generosa.

Malinche: Más desde el este vendrán teules mediocres y codiciosos que nos arrebatarán nuestras victorias y nos convertirán en espantajos, muñecos desdibujados conforme a sus míseros intereses. Ellos no hubieran ganado nunca esta batalla ni podrían ganar jamás este imperio, pero sabrán manejarlo al margen de nuestros grandes ideales. Mirad al Niño muerto. Ellos traerán a este mundo la viruela.

Sandoval: ¡Pobre muchacho débil e inocente! ¡Luciérnaga apagada con las primeras luces de la mañana! Lo enterraremos en un gran panteón de oro en el centro de la tierra. Él será el más grande entre los héroes sacrificados de América.

Alvarado: Nada podremos. Los ladrones de tumbas dejarían perdido su cadáver. Como los de La Malinche, Sandoval, Cortés y Alvarado. Todos moriremos jóvenes y hermosos. Traicionados.

(Cortés llora, rodilla en tierra ante el cadáver del Niño. Luego lo envuelve en la bandera y lo lleva en brazos hasta el centro del proscenio.)

Cortés: Así pues nuestras gestas e ilusiones se habrán de hundir de un modo u otro en las ciénagas de los mediocres barrigudos por donde los héroes no pueden caminar. Allí nos veremos de nuevo con nuestros enemigos de hoy. Ellos tendrían que haber sido y serán en cualquier caso nuestros amigos de mañana. Y la pobre cosecha de indios y de oro va pagando ya un inmenso tributo en dolor, sangre y epidemia. Pero como el imperio de los aztecas es cruel y ya está perdido, nosotros continuaremos nuestra guerra e intentaremos revertir la historia y convertir a esta pobre víctima de hoy en la victoria más brillante de luz y de alegría. Más si, como dice la Malinche, fracasamos, será preciso esperar la llegada de otros héroes que, sin duda, vendrán en el futuro. Nunca perderemos la esperanza.

Telón

FIN DE “LA VELADA DE OTUMBA”

Madrid, 15 de Enero de 2007

Pedro F. González Díaz